



temas de hoy

DECIDIDAS

AMOR, SEXO Y DINERO

MARÍA
FLORENCIA
FREIJO

MARÍA FLORENCIA FREIJO
DECIDIDAS
AMOR, SEXO Y DINERO

©María Florencia Freijo, 2022

De la primera edición:

© Grupo Editorial Planeta S.A.I.C, Argentina, 2022

De esta edición:

© Editorial Planeta, S. A., 2022

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-9998-937-2

Depósito legal: B. 15.114-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Prólogo. <i>Un libro para ustedes</i>	15
Introducción. <i>Solas, (Mal) Educadas y ahora</i> Decididas	19
PARTE I: ¿DECIDIMOS? SOBRE EL CEREBRO Y LA NEUROCIENCIA. SESGOS Y ESTEREOTIPOS ...	27
Capítulo I. El prestigio social tiene cara de varón ...	39
Capítulo II. Ni rosa ni celeste, un cerebro predecible	49
Capítulo III. Todas y todos somos sexistas	67
Capítulo IV. La mirada social de desprestigio hacia las mujeres	79
PARTE II: EL AMOR QUE TODO (NO) LO PUEDE	89
Capítulo I. Amar sin razón: una historia inaugural ..	97
Capítulo II. De qué hablamos cuando hablamos de amor	113
Capítulo III. El amor como forma de control social sobre las mujeres	129
Capítulo IV. De la violencia vicaria a la simbólica: extorsión y carga mental	135
Capítulo V. Las mujeres disponibles	143

PARTE III: SEXO. LA PUERTA HACIA LA LIBERTAD	
QUE NO FUE	151
Capítulo I. La brecha orgásmica	159
Capítulo II. La información es placer	171
Capítulo III. Pagar el costo de ser decidida en la cama	181
PARTE IV: DINERO. DE PROPIEDAD A PROPIETARIAS..	193
Capítulo I. Las mentiras que nos empobrecieron ...	205
Capítulo II. Amar empobrece: violencia económica y patrimonial	215
Capítulo III. Mujeres solas a cargo de su hogar: el no pago de alimentos y la complicidad judicial	231
Capítulo IV. Líderes y propietarias: ¿por qué no llegamos?	243
Epílogo. <i>Alzar la voz. Claves para las decididas</i>	255
Bibliografía seleccionada. <i>Formarnos para seguir construyendo una vida mejor</i>	261
Agradecimientos	265
Biografía	269

PARTE I
¿DECIDIMOS? SOBRE EL CEREBRO
Y LA NEUROCIENCIA.
SESGOS Y ESTEREOTIPOS

En el verano de 2021 mi abuelo materno, Nicolás, de 90 años, se enfermó. Comía poco, estaba deshidratado y triste. Cantaba el tango *Cambalache* por lo bajo: «que el mundo fue y será una porquería ya lo sé», y me avisaba: «Me queda poco, Flor, estoy muy cansado». De alguna manera, todas y todos estábamos saliendo de ese agujero negro infernal de la pandemia por Covid-19 que nos significó no solo tantos meses de encierro, sino también de distancia con nuestros seres queridos. Nunca habíamos estado tanto tiempo separados.

Durante la noche de Navidad, y con la alegría de volver a reunirnos alrededor de una comida, preparaba en la casa de mi madre una cena auspiciosa cuando, alrededor de las siete de la tarde, mi abuelo nos avisó que no podía levantarse de la cama. No sabíamos aún que por los siguientes dos meses nuestra vida giraría en torno al cuidado de su salud. Aquella Navidad apagada, mientras él descansaba, en el comedor y sin su presencia en la cabeza de la mesa familiar, conversábamos con mi abuela.

Su cara de cansancio era notoria, pero sobre todo lo era su frustración. Mi abuelo le pedía cosas recurrentemente: *Tita, necesito agua; Tita, ¿estás ahí?*, pensando que tal vez ella por alguna razón se había ido, como si más de sesenta años de

relación no le hubieran alcanzado de prueba para saber que mi abuela le había servido siempre. Casi como si no supiera que mi abuela nunca se alejaba de él ni lo había hecho, y eso que más de una vez habría tenido que hacerlo.

Mi abuelo había desmejorado muchísimo, y mi abuela llevaba meses asistiéndolo sola. A partir de esa noche de Navidad, acompañé a mi abuela en los cuidados que se necesitaban, y estuve muy presente en ese hogar donde ella lloraba de cansancio y de hartazgo por las enormes exigencias que requería, a sus 84 años de edad, cuidar a otro adulto mayor.

En lo personal, desde que migré a Buenos Aires no había vuelto por tanto tiempo y tan seguido a la casa de mis abuelos en Mar del Plata. Habían pasado en el medio casi doce años.

Años de vivir sola, de maternar sola, de desarrollarme profesionalmente y, por supuesto, de atravesar cambios de perspectiva sustanciales sobre lo que las mujeres vivimos. La maternidad me hizo revalorizar el trabajo de las mujeres de mi familia, y también lo que ellas habían aguantado para que las que vinieron después, como yo, tuviéramos mejores condiciones de vida. En fin, quien volvía más de una década después a ese hogar en el que me había criado era otra persona.

Las situaciones de tensión alrededor de la salud de mi abuelo se acrecentaron y comenzaron a asfixiarnos como familia al calor de un verano atípico. El contexto senil de mi abuelo se vio profundizado por actitudes despectivas y violentas hacia mi abuela. Situaciones que, como familia, habíamos notado siempre; es decir, habíamos permitido y naturalizado.

Para mí fue muy fuerte, en ese contexto, darme cuenta de cuánto habíamos permitido que aguantara mi abuela, cómo yo me había conformado con la premisa «y bueno, mi abuela lo elige», «y bueno, ellos son así», «y bueno, esto no va a cambiar»... Así, el tiempo había pasado y pude ver que las di-

námicas familiares tenían una impronta de maltrato que todas y todos aceptábamos.

La forma en la que mi abuelo hablaba de Tita, la manera de reírse de ella con comentarios denigrantes y de exigirle todo el tiempo una atención desmedida a su servicio me hacían sentir muy incómoda. Empecé a intervenir, y a hablar con mi abuela del maltrato que recibía. Ella me contaba a veces lo duro que había sido su matrimonio, y en otros momentos me explicaba el gran hombre trabajador con el que se había casado, ya que él «*volvía siempre a casa*» y tanto a ella como a sus hijas «*jamás les faltó nada material*».

Durante esos días de enero, mi segundo libro, *(Mal) Educadas*, lanzado tres meses antes, había quebrado stock y arrasado en los rankings de las cadenas de librerías. En esas páginas contaba la historia de mi abuela Tita, y la trenzaba con la de las mujeres de la familia. Las lectoras me interceptaban en la calle o en las redes y me preguntaban por ella.

De alguna manera, mi abuela se había vuelto un símbolo de aquellas mujeres que no fueron —ni son— valoradas durante toda su vida, cuya capacidad de decisión había sido acotada. Y sin embargo ella estaba ahí, cuidando nuevamente de forma exclusiva a su marido, en esa cocina lúgubre recubierta de machimbre de madera, donde por momentos yo sentía que me asfixiaba ante cada grito de mi abuelo pidiéndole un vaso de agua.

Durante la mañana, Tita se ponía los lentes, apoyaba la pava para calentar el mate y abría *(Mal) Educadas*, repasaba su historia y por momentos me decía: «*Nena, las cosas que ponés acá no son ciertas, yo no soy tan inteligente*». Me hacía reír. Me contaba que ella hizo todo lo que hizo por amor, que era «*lo que le había tocado*».

Ese verano hablamos mucho, me contó, por ejemplo, de una etapa de su vida en la que «*las nenas ya eran grandes*» —por

sus hijas— y ella no estaba pasando un buen momento en su matrimonio. Su hermana, que tenía una empresa de textiles, le ofreció trabajar. Me contó lo que significó para ella tener su dinero y darse cuenta de lo buena diseñadora que habría sido si hubiera tenido la oportunidad de estudiar. Sus historias, contadas entre mates y galletitas, terminaban de forma vaga ante mi pregunta: «¿Y por qué dejaste de hacerlo?».

Mientras conversábamos, mi abuelo, desde la otra habitación, hacía sentir su presencia en escena: *Tita, traeme el medicamento. Tita, prendeme la luz.* Mi abuelo sabía que yo estaba ahí para que mi abuela pudiera descansar ante una demanda de cuidados imposible de sostener para una señora de su edad, sin embargo primero la llamaba a ella; primero incluso, a pesar de su malestar físico, no olvidaba regañarla y darle alguna orden.

Mi abuelo necesitaba personas profesionales que pudieran atender el sostenimiento de su salud, pero a su vez se enojaba con gran virulencia ante la posibilidad de ir a un asilo. Para nosotras, como familia, era difícil, porque eso significaba no volver a verlo ni pasar tiempo a su lado ya que, dada la situación aún existente debido al Covid, estaba prohibido que personas del exterior entraran a los hogares de ancianos. Con el transcurso de los días la situación se tornó irreversible. Una madrugada, Tita nos llamó con miedo y desesperación mientras, en pleno ataque psicótico, mi abuelo le pegaba patadas en la cama.

Esa noche fui a acompañarlo. Las ambulancias jamás llegaron, él volaba de fiebre, veía bichos y cartones por toda la casa y pegaba gritos que nos asustaban. Nada ni nadie nos prepara para apoyar a los adultos mayores en esos altibajos que tienen en su salud. El miedo que se puede llegar a sentir es incontrolable, porque no se sabe qué hacer, porque puede lastimarse o lastimar a otros.

Pese a que sabía que mi abuelo tenía que estar en un lugar donde pudieran cuidarlo de manera profesional, me quedé yo para ayudarlo y sostenerlo. Priorizamos lo que él decía —o nos ordenaba—, lo que él quería. Pocas veces en mi vida me había animado a discutir con él. Sé que siempre tuve una debilidad por él, probablemente y entre otras cosas por la ausencia de mi propio padre, y porque —injustamente— mi abuela nunca tenía tiempo para jugar conmigo cuando era niña. Mi abuela era la que trabajaba, la que en su rostro transmitía la rectitud de a quien no dejaron jugar, la que siempre se mantenía estoica, la que jamás reía.

Una vez más no quisimos escuchar cuánto nos pedía ella un descanso. No la escuchábamos porque sabíamos que al final del día ella siempre estaba, ella de nuevo —con su columna encorvada y su dolor de cadera— iba a ir al lavadero a buscar el trapo de piso para limpiar el orín de mi abuelo o a fregar los platos después de cocinar y levantar la mesa.

Aquella tarde del verano de 2021, mi abuelo terminó finalmente en un geriátrico y la última vez que pude volver a tomar su mano fue quince días después, cuando estaba aún internado y ya inconsciente.

Las decisiones que tomamos no pasan solo por aquello en lo que creemos, y esta experiencia que atravesé, en lo personal, fue un baño de humildad acerca de las contradicciones que tenemos. Muchas veces nos preguntamos: ¿por qué la sociedad no cambia respecto a lo que viven las mujeres? Y es que, dentro de las resistencias que existen, también seguimos con ciertas prácticas muy internalizadas, donde no vemos a las mujeres que están ahí, sosteniéndolo todo. **No vemos cuánto ponderamos a los varones por muy poco, y cuánto les exigimos a las mujeres, que siempre tienen que demostrar mucho.** Pese a que sabía de sus esfuerzos durante esos últimos meses, yo no vi a mi abuela,

decidí ponerla en el lugar de la «mala» sin ver cuán cansada estaba.

Este libro, y sobre todo esta primera parte, quiere profundizar en las resistencias que aún tenemos y que operan dentro nuestro disfrazándose de verdad, en las prácticas que ejercemos y que juramos que no son injustas. Lamentablemente no es suficiente con saber, también ese saber tiene que meterse en todo lo incómodo que reside dentro, y a veces el costo es abrir los ojos, animarse a ver, y eso, por supuesto, duele. Duele y molesta.

Los últimos días que acompañé a mi abuelo en la clínica estuve muy enojada con mi abuela, incluso la llamé por teléfono y le dije cosas de las que me avergüenzo. Me indigné porque ¿cómo lo había llevado a un geriátrico, cómo no habían decidido poner un enfermero en el hogar y así poder pasar más tiempo juntos? Lo que no supe ver es que, al final del día, todos dormíamos de corrido en nuestros hogares, pero ella era la que tenía que desvelarse con los gritos de mi abuelo, aterrada ante la inestabilidad de alguien que la amenazaba físicamente. Incluso con un cuidador dentro de casa, ella hubiera estado alarmada, ansiosa y cansada. La decisión de trasladar a mi abuelo a un hogar no era la más fácil, sino que había sido la más difícil para ella, pero también la única posible.

Mientras *(Mal) Educadas* circulaba, y en esas páginas yo reconocía las pocas oportunidades que mi abuela había tenido en la vida para elegir otros destinos, ahí estaba yo, juzgándola porque una vez en la vida había priorizado su salud. Y no solo yo, sino que parte de la familia también la juzgó, la hirió y la culpabilizó. La misma familia que jamás llamó durante esos días para ver si mi abuelo necesitaba algo, y turnarse para cuidarlo. Todos nos enojamos por no brindarle la posibilidad a mi abuelo de pasar sus últimos quince días

de vida en su casa, sin ver que ella ya le había dado la vida entera. Pese a mi nivel de formación y de entendimiento sobre estas cuestiones, pese a escribir *(Mal) Educadas*, ahí estaba yo cuestionando «*por qué no pudo dar más de ella misma, por qué había sido egoísta*».

Los últimos días de su internación, mi abuela no quiso ver a mi abuelo porque le generaba mucha angustia. También me enojé. ¿Cómo su pareja no iba a darle un último beso? Jamás se me ocurrió dimensionar la enorme culpa que debía sentir una mujer que estuvo sistemáticamente violentada y controlada, sobre todo en los aspectos psíquicos y emocionales.

Mientras mi abuelo estaba en el asilo y luego internado, mi abuela estaba por primera vez en más de sesenta años viviendo sus días sola, comiendo a la hora que ella quería, durmiendo cuando ella lo deseaba. Descansando, por fin. Sin embargo, también cuestioné su amor y su dedicación. Cuestioné a Tita por no priorizar a mi abuelo durante su enfermedad, incluso viendo lo violento que él era con ella, durante todo el proceso. La cuestioné sin pensar que enfrente tenía a otra anciana, rota, con el cuerpo cansado, no a una superheroína.

Y pienso: si yo, con la formación que tengo, había caído en conductas tan despectivas para con quien me había cuidado sin condiciones, ¿en qué otras cosas más, de forma automatizada, les habré pedido —y les seguiré pidiendo— a otras mujeres que «guarden su lugar de abnegadas»? ¿En qué otras cosas me lo estaré exigiendo a mí misma? Cuando mi abuela logró ver que tenía que salir de esa situación de desamparo y soledad, de cuidados exhaustivos que se estaban llevando su propia vida, yo le exigí que sea «una buena mujer». **Queremos que las mujeres se preserven, se vuelvan asertivas, decididas, etc.... pero cuando lo hacen las señalamos con el dedo. Y nos señalamos también a nosotras mismas. El contexto so-**

cial nos recita una épica de la libertad, mientras las miradas siguen siendo inquisitivas.

La razón es que algunas veces nuestros pensamientos, conductas y emociones parten de un universo muy, muy pequeño de posibilidades. Y otras veces, incluso con posibilidades enfrente, elegimos enceguecidos y enceguecidas. Por supuesto que estoy segura de que decidimos mejor si tenemos información, porque amplía nuestras opciones. Pero también decidimos por nuestra historia, por la cultura, por los efectos emocionales que nos genera una situación, por el contexto en el que nos encontramos. Decidimos por miedos, por ignorancia, porque no nos queda otra, porque —irónicamente— a veces no nos animamos a decidir.

Este libro habla sobre el poder de decidir lo mejor para nosotras mismas, en el difícil equilibrio de coexistir con entornos que muchas veces son adversos, y de educaciones tradicionales creadas para controlarnos. También habla de cómo seguimos juzgando a las mujeres —y a nosotras mismas— porque muy internamente aún está ahí la cultura, esa «mala educación» que, como una guionista contratada para hacernos más difícil el camino, le dicta al cerebro sus conductas.

Las elecciones son mucho más complejas que un posicionamiento ideológico sobre un tema, y muchas de esas elecciones son más difíciles que ir simplemente por lo que deseamos. En el medio está el cambio de época, que nos transforma desde lo cognitivo, desde el pensamiento, pero que todavía parece ser inmune a esa suerte de inercia que nos hace volver a lugares que no nos son satisfactorios, o que a veces son los únicos posibles.

Este libro busca ser una radiografía sobre aquellos aspectos que involucran nuestro ámbito de decisiones, y que son más profundos que la educación que tuvimos, o que tenemos

en el presente. Porque, muy a nuestro pesar, ojalá fuera tan fácil cambiar las ideas para cambiar el todo.

Pude salir del dolor —es decir, el aspecto emocional por fuera de mis pensamientos más racionales— y darme cuenta de lo injusta que fui con Tita, mi abuelita (mal) educada para que su vida fuera solo al servicio de los demás. Fui parte de quienes la señalaron como la «mala mujer», pero también pude abrazarla y agradecerle —algo que sigo haciendo— porque ella fue la que sostuvo todo para que yo tuviera un hogar feliz.

Mi abuela todos los días junta sus pedazos rotos de una vida desarmada después de que la persona con quien había compartido gran parte de su existencia ya no está. Lo llora, habla sola y por momentos nos explica por qué decidió esos días llevarlo al geriátrico. Trata de seguir construyendo una narrativa que es para ella misma, para no sentirse tan culpable y para entender por qué fue tan juzgada.

Unos meses después de la partida de mi abuelo, a quien amé con todo mi corazón y sé que me amó como nadie, me animé a ver que ese hombre también había tenido otras caras, y que yo le había dicho a mi abuela, una mujer que había sufrido tanto, que lo aguantara porque «era bueno».

Me cuesta escribir esto, y me incomoda pensar que traiciono la memoria de mi abuelo, pero yo sé lo que fue Nicolás, con todo lo bueno y lo malo. Pude perdonarlo por su «mala educación», pero no puedo seguir construyendo una narrativa que lo pondera a costa de los silencios que eligió transitar mi abuela, a costa del hecho de que recién con su muerte ella podría liberarse de algunos mandatos. Prefiero elegir romper con ese relato, esa memoria hecha de recuerdos elegidos que borran de un plumazo las violencias.

Mis dos libros anteriores, que Tita leyó de forma completa y de manera reiterada, mis entrevistas que siempre la tie-

nen como espectadora, las notas que salen en el diario de mi ciudad han hecho estos últimos tres años que mi abuela comenzara a mencionar cosas sobre su historia de vida que no sé realmente si antes no las veía, pero al menos no las hablaba. Saber que de alguna forma ha encontrado un relato que le permita valorar su enorme dedicación a la familia y lo importante que ha sido para que todas siguiéramos adelante ya que ese hogar fue un espacio feminizado en las tareas de cuidado, me ha hecho sentir enormemente realizada en lo personal.

También, que por fin haya cumplido un sueño que postergaba por estar siempre al servicio de su esposo: Tita pudo conocer Buenos Aires, los edificios que decía admirar y pasear con su familia por las callecitas de La Boca. Vi en sus ojos tristes la alegría de quien descubre algo nuevo. Y yo también tuve una segunda oportunidad, porque pude abrazarla y decirle: *Ya hiciste lo suficiente, ahora por fin te toca a vos*. Ojalá todas y todos podamos regalarles momentos de disfrute a las mujeres que sostuvieron nuestras vidas.